



EL SABOR

Calle Grenelle, la habitación

Cuando tomaba posesión de la mesa, lo hacía cual monarca. Éramos los reyes, los soles de esas horas de festín que decidirían su porvenir, que dibujarían el horizonte, trágicamente cercano o deliciosamente lejano y radiante, de sus esperanzas como chefs. Penetraba en la sala como entra el cónsul en la arena para ser aclamado, y ordenaba que diera inicio la fiesta. Quien no ha sentido nunca el embriagador perfume del poder no puede imaginar la repentina oleada de adrenalina que irradia todo el cuerpo, desencadena la armonía de los gestos y borra todo cansancio, toda realidad que no se someta a los designios del placer, ese éxtasis del poderío sin freno, cuando ya no hay que combatir sino sólo gozar de lo que se ha conquistado, saboreando hasta el infinito la ebriedad de suscitar temor.

Así éramos y así reinábamos como amos y señores de las más grandes mesas de Francia, ahítos de la excelencia de los manjares, de



nuestra propia gloria y del deseo nunca aplacado —siempre tan excitante como la primera pista de un perro de caza— de tener la última palabra sobre dicha excelencia.

Soy el crítico gastronómico más importante del mundo. Conmigo este arte menor se ha izado al rango de los más prestigiosos. En todos los rincones del mundo se conoce mi nombre, de París a Río de Janeiro, de Moscú a Brazzaville, de Saigón a Melbourne y Acapulco. He hecho y deshecho reputaciones, he sido, de todos estos ágapes suntuosos, amo consciente e implacable, dispersando la sal o la miel de mi pluma a los cuatro vientos, en diarios, programas y todas las tribunas donde se me invitaba a discurrir sobre aquello que, hasta entonces, quedaba reservado a la intimidad de las revistas especializadas o a la intermitencia de crónicas semanales. Para la eternidad, he expuesto en mi vitrina algunas de las piezas más prestigiosas del arte culinario. A mí, y sólo a mí, se debe la gloria, seguida del declive, de la casa Partais, el derrumbe de la casa Sangerre y el fulgor cada vez más incandescente de la casa Marquet. Para la eternidad, sí, para la eternidad, he hecho de ellas lo que son.



He capturado la eternidad en la columna vertebral de mis palabras, y mañana moriré. Moriré dentro de cuarenta y ocho horas —a menos que lleve sesenta y ocho años muriéndome y sólo hoy haya dignado darme cuenta. Sea como fuere, la sentencia de Chabrot, médico y amigo, se abatió ayer sobre mí: «Amigo, te quedan cuarenta y ocho horas». ¡Qué ironía! Tras decenios de grandes comilonas, de ríos de vino y alcoholes de toda índole, tras una vida entera bañándome en la mantequilla, la crema, la salsa, la fritura y el exceso sin tregua, sabiamente orquestado y minuciosamente mimado, mis lugartenientes más fieles, su excelencia el Hígado y su acólito el Estómago, gozan de excelente salud, pero quien entrega las armas es el corazón. Muero de insuficiencia cardiaca. ¡Qué ironía y qué amargura también! Yo, que tanto he reprochado a los demás que no pusieran corazón en su cocina, en su arte, nunca pensé que a mí pudiera faltarme, que el corazón pudiera traicionarme de tan brutal manera, con un desdén apenas disimulado; cuán rápido se ha afilado la cuchilla de mi guillotina...



Voy a morir, pero no tiene importancia. Desde ayer, desde que hablara Chabrot, tan sólo una cosa importa. Voy a morir, y no acierto a recordar un sabor que albergo en lo más hondo de mi ser. Sé que ese sabor es la verdad primera y última de toda mi vida, que encierra en sí la llave de un corazón al que he amordazado desde entonces. Sé que es un sabor de infancia, o de adolescencia, un manjar originario y maravilloso, anterior a toda vocación crítica, a todo deseo y a toda pretensión de expresar mi placer por la mesa. Un sabor olvidado, oculto en lo más profundo de mí mismo y que se revela, en el ocaso de mi vida, como la única verdad que en ella se haya dicho —o hecho. Me devano los sesos, pero no doy con ello.



(RENÉE)

Calle Grenelle, la portería

¿Y qué más?

¿Es que no les basta con que todos los días que nos da Dios limpie el barro que dejan sus zapatos de ricos, aspire el polvo de su deambular de ricos, escuche sus conversaciones y sus desvelos de ricos, dé de comer a sus perritos y a sus gatitos, riegue sus plantas, suene los mocos de sus retoños, reciba sus aguinaldos —el único momento en que ya no presumen de ricos—, huela sus perfumes, abra la puerta a sus amigos, reparta su correo, lleno de los extractos bancarios de sus cuentas de ricos, sus rentas de ricos y sus números rojos de ricos, haga un esfuerzo por devolverles las sonrisas y, por último, viva en su finca de ricos, yo, la portera, la insignificante, esa cosa tras el cristal de su chiscón a quien se saluda deprisa y corriendo para que haya armonía, porque es molesto ver a esa vieja escondida en su agujero oscuro, sin lámpara de araña de fino cristal, sin zapatitos de charol y sin abri-



go de pelo de camello, es molesto pero tranquilizador a la vez, como una encarnación de la diferencia social que justifica la superioridad de su clase, el contraste que exalta su munificencia, el valedor que realza su elegancia?

—No, no debe de bastarles porque, además de todo eso, además de llevar día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto, pero, sobre todo, y es lo peor, año tras año, esta vida de reclusa inoportuna, además ¿tendría que *comprender* sus penas de ricos?

Si quieren noticias del Maaestro, que llamen a su puerta, no te digo.